AL MAL TIEMPO BUENA CARA

(Por Guillermo Saccomanno) Aunque son las seis de la tarde del sábado, la tormenta convirtió en noche la ciudad. El aguacero lava con furia la pista de aterrizaje y despliega cataratas de agua chorreando por los aviones. El aeropuerto, con los vuelos suspendidos por el mal tiempo, ganó lentamente el aspecto de un refugio de evacuados. Hombres, mujeres, pibes, sentados sobre bolsos y maletas, con la ropa húmeda y arrugada, y las caras de frustración, cansancio acumulado y nervios a punto de reventar. Cada tanto algún chico corre, cada tanto algún chico grita, cada tanto algún chico llora y, cada tanto, sus padres pierden el control. Y entonces hay una madre que grita y después discute con el marido que le reprocha la severidad. También están las parejas jóvenes, que tratan de entretenrrse como pueden. Y los solitarios que, hartos de tomar café, cruzan y descruzan las piernas buscando una posición cómoda en las sillas de la sala de embarque. En medio de esta confusión, Viviana está de buen humor y contenta mastica un chicle con una sonrisa en los ojos sin haber atravesado la puerta de embarque. Es más, no la va a atravesar.

El año pasado fue terrible para ella, empezando porla separación en marzo, apenas empezaron las clases. La separación le cayó encima como un mazazo. Estuvo varios meses deprimida, pero no pudo darse el lujo del bajón porque ahí estaban sus dos hijos, Fabián de nueve y Gonzalo de ocho. Con la partida de Marcelo supo que todo su matrimonio había sido una ficción que ella se había inventado: el hogar dulce hogar es ese cuatro ambientes de Caballito. Marcelo, antes de irse, no sólo le contó que sí, en efecto, había otra, sino que además no iba a pasarle un peso porque acababa de renunciar a la empresa. No sabía a qué se iba a dedicar en lo sucesivo, pero estaba seguro de lo que no quería más: la rutina. Probablemente fuera una locura, le dijo. Pero a veces la locura era más saludable que esa farsa razonable convencional que era la vida que llevaban. A los chicos los iba a ver cuando se sintiera más equilibrado. Nunca más había aparecido y si niquiera había llamado por teléfono. Viviana renunció a las recomendaciones de familiares y parientes. No hizo una denuncia ni consultó un abogado. Tampoco aceptó tener charlas con una terapeuta. A las dos semanas se había empleado de secretaria en una inmobiliaria del barrio. No era demasiado lo que ganaba, pero al menos le alcanzó para sobrevivir. Por suerte, los chicos iban a un colegio del Estado. Mucho antes de diciembre supo que cuando fuera verano no tendría vacaciones. Sus padres se llevaron a los chicos a Santa Clara del Mar. Y así, en este mes de enero, sola en Buenos Aires, podía tomarse el tiempo para deprimirse, ese tiempo que no había tenido. Pero la depresión no le funcionaba. Se le había transformado en un sentimiento de encono. Y este sentimiento logra aplacarlo cada vez que un temporal se ensaña con la ciudad. Entonces viene al aeroparque y observa las caras de impotencia, desesperación y tristeza que ponen los pasajeros del verano al ver suspendidos los vuelos. Es una vengancita, piensa. Al mal tiempo, buena cara, piensa. Y recorre el aeroparque con esa sonrisa en los ojos, desviando la mirada hacia la Costanera, el río violento, las olas que se levantan cada vez más enormes, amenazadoras, envolviendo el murallón que no puede contenerlas.



Luna India

Por Belén Gache

Otra de las nuevas firmas a tener presentes este año que empieza. La autora es licenciada en historia del arte, colabora hace seis años en revistas especializadas en artes plásticas y –nada es casual– ahora condena a la ficción a jóvenes artistas y artísticos haciendo lo suyo en los filos mismos del nuevo siglo, en un lugar donde la única y definitiva maestría se alcanza con la justa conjugación del verbo sobrevivir. Conozcan ahora –esto es sólo el principio– a los protagonistas de "Luna india", primera novela de Belén Gache (1960) que publicará Planeta durante el otoño '94.

Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Planeta.

Cocodrilos rojos en las playas de Kookamooga

A través de los vidrios oscuros de mis anteojos terminados en punta veo cómo Karina sorbe un líquido espeso y rosado a través de una pajita a rayas. Estamos esperando a Jo, sentadas en el bar de Ezeiza, y los aviones se precipitan sobre nuestras cabezas como enormes y furiosos pterodáctilos, cada uno de ellos rompe con su estruendo la mañana densa y pesada, con olor a lluvia. Veo a los pterodáctilos empequeñecerse hasta desaparecer en el horizonte, igual que las paralelas marcadas por las pequeñas lucecitas celestes, brillantes, difusas, de la pista de aterrizaje.

Karina sorbe esa espuma rojiza, sintética, del licuado de frutilla que acabamos de pedir y que parece no querer terminar de subir hasta su boca y yo pienso que los aeropuertos son lugares bastante extraños, el lugar donde los demás desaparecen de pronto, el lugar desde el cual uno se ve catapultado hacia las estrellas, y cruza por mi mente esa sensación de desconcierto al dejar un presente-pasado e ingresar de golpe en un presente-futuro y supongo que quizá sea una ofensa inhumana, casi divina que doce horas duren nada más que nueve, aunque de todas formas quién puede ser demasiado humano allá arriba, ocupado en disimular los kilómetros de aire que corren debajo del fuselaje; ocupado en disimular lo solos que estamos navegando entre el silencio de las estrellas.

Doy vueltas a mi pajita, que es amarilla; y formo surcos espiralados en mi licuado, y parece que estoy mezclando Loxon bermellón dentro de un vaso y decido que nunca más voy a tomar esto. En la mesa de al lado se acaba de sentar un gordo con un traje arrugado que transpira exageradamente a pesar del aire acondicionado. El gordito saca del bolsillo interior del saco, que no sólo está arrugado sino también cubierto de manchas, un pañuelo también sucio y arrugado y se lo pasa por la frente para enjugar ese millar de gotitas doradas que perlan su cabeza semicalva y deduzco que debe haber llegado en el vuelo de Los Angeles porque veo una enorme valija roja junto a su pierna. Es de piel escamada, como de cocodrilo, y tiene pegada una enorme calcomanía con un tipo musculoso y bronceado haciendo equilibrio sobre una enorme tabla de surf. Abajo de la tabla puedo leer HOT SUMMER IN KOOKAMOOGA BEACHES y pienso si habrá cocodrilos rojos en las playas kookamoogavenses y me imagino a mí misma montada en una terrible ola con cara de cocodrilo rojo y de pronto me doy cuenta de que mi tabla no es una tabla de surf sino una valija que se llena de agua y se hunde de a poco en el helado Pacífico. Pero Karina sacude mi brazo y vuelvo en mí y veo que señala la pequeña pantalla de monitor que cuelga de una de las columnas cercanas y reproduce los datos de la pizarra central: 0.15-NY-MIAMI-BUE... EN ZONA. Las letras titilan nerviosas durante unos cuantos segundos. El cuerpo de Karina es pesado y pecoso y su largo pelo rojo le cae sobre la espalda como un infierno. Me es imposible dejar de mirar esas llamaradas naranjas que resplandecen sobre su pulóver verde oscuro –de hecho, creo que a nadie se le ocurriría ponerse un pulóver de ese color salvo a un pelirrojo–. Dejamos un par de billetes junto a los licuados sintéticos y sigo a Karina escaleras abajo.

Nos perdemos entre el enjambre de personas salidas de la nada –del horizonte pampeano, de la llanura infinita– que de repente inunda el hall de arribos, hace quince minutos nomás totalmente desierto y apagado, como si alguien de pronto hubiera puesto una ficha en el flipper AEROPUERTO y todas las luces se hubieran encendido, junto con las voces, los ruidos y el eterno, esencial, omnipresente rugir de los aviones como fondo. Alguien puso la ficha, así que ahora todos nos dirigimos como autómatas hacia la salida de la Aduana mientras una voz femenina demasiado cálida, tan cálida que suena como congelada, inunda el aire con un extraño eco, como si la misma mujer metálica hablara a través de dos bocas simultáneamente "...Ammerriccann Airrllinness annunnccia lla llllegadda..." Karina se adelanta y consigue colocarse cerca de la valla y yo me quedo atrás. Guardo mi distancia, me paseo por los contornos de esa isla humana y veo la pampa húmeda rajarse por los truenos de los motores a través de las paredes de cristal.

Pasan treinta minutos y treinta minutos más y las puertas no se abren y todos siguen ahí sin otra cosa que hacer salvo mirar sus propios reflejos en los paneles espejados mientras yo suspiro y trato de esquivar a tres nenitos rubios sin dientes que pasan zumbando junto a mí con los brazos abiertos como alas de avión, PRRR, las consonantes escupidas por entre los motores de colmillos ausentes salpicando al pasar mi blusa de seda color mostaza.

Miro hipnóticamente la maldita puerta espejada que no termina de abrirse e imagino salir por ella más de diez Jos distintas, algunas bastante simpáticas, otras más bien antipáticas, otras altas y otras bajas, así que ahora la Jo real va a tener que medirse con todas ellas. Por fin comienza el desfile de pasajeros demasiado cansados para estar nerviosos, demasiado nerviosos para estar cansados, con las valijas revueltas, mal cerradas, trastocadas, extraviadas y, lo que es peor de todo, en Buenos Aires, después de haber estado hace apenas unos minutos flotando tan cerca de las nubes, de los ángeles de largos bucles que tañen liras doradas. Casi al final del pelotón, arrastrando un carrito que lleva un enorme bolso plateado, con una mochila negra al hombro y una campera de cuero rojo en el brazo, veo una chica de unos veintiocho años, con aire de haber salido recién de una gran nave espacial. Karina empieza a mover frenéticamente los brazos:

–¡Jo, Josefina!

Galaxias de café instantáneo

Como si conociera la casa de toda la vida, Josefina tira su mochila y su campera sobre mi sofá de cuero amarillo limón, se sienta como un indio sobre la alfombra, que es lila e imita el pelo de una cabra, y abre su bolso. Karina está recostada en el sofá con los borceguíes sobre el apoyabrazos. Recuerdo que hay un paquete de Marlboro sin abrir en uno de los bolsillos de mi campera de cuero que está colgada detrás de la puerta. Abro el bolsillo, abro el paquete y me enciendo un cigarrillo con el mismo fósforo con el que prendo la hornalla del anafe. Un segundo antes de quemarme la yema del dedo, consigo arrojar el fósforo dentro de la pileta donde se consume dentro de una gota de agua. Pongo sobre la hornalla la pava silbadora, que es verde metalizada con el asa naranja y tiene forma de pagoda con una tapa cónica y un pájaro dorado en la punta.

–¿Quieren? –el paquete de cigarrillos cae sobre la alfombra junto a Jo y Karina y yo me alejo rumbo al equipo de audio y aprieto el botón de POWER y empieza a sonar "Spleen and Idea" de Dead Can Dance en el CD.

Karina, que está hojeando la última *Art Forum* que había en el sofá, contesta moviendo negativamente la cabeza sin apartar los ojos de la foto de una obra de Cady Noland, una canasta de metal llena de latas de cerveza, cadenas y repuestos de automóviles. Josefina enciende su cigarrillo con el mío, lo sostiene entre los labios y comienza a sacar cosas de su bolso plateado. Pronto la alfombra se cubre de ropa, colgantes, cosméticos y realmente estoy empezando a pensar si habrá sido o no una buena idea armarme con un huésped. La pava empieza a silbar histéricamente. Camino hasta el anafe, apago el fuego y echo dos cucharadas de café instantáneo y agua hirviendo dentro de cada uno de los jarros, que son todos distintos.

Jo desabrocha la correa de su mochila y saca de uno de los bolsillos una de esas cámaras Canon cilíndricas que parecen videofilmadoras de bolsillo y también una docena de rollos que desparrama descuidadamente sobre el sofá.

Revuelvo el café y suspiro. Dentro de cada taza, una espuma marrón grisácea forma espirales contra el fondo negro, brillante, infinito del café y crea galaxias, sistemas solares, planetas, en uno de los cuales, en algún departamento del centro de Buenos Aires, hay alguien igual a mí que revuelve café instantáneo.

Karina acaba de descubrir un anuncio en la *Art Forum.*

–¡Miren! A fin de mes inaugura una muestra de Kiki Smith en una galería de la Grand Street –sin apartar sus ojos de la revista extiende el brazo para alcanzar su jarro de café–. ¿Tenés sacarina?

–No jodas, ya le puse azúcar –digo.

–El azúcar blanco es venenoso –protesta Karina.

–El café instantáneo también, y los aerosoles, y las hamburguesas y los pañales descartables y las siliconas.

–Bue –dice, algo confundida, y sorbe su café despacio, pero parece que todavía está muy caliente porque lo deja a un costado. Después sigue hablando, sin darse cuenta de que hace rato se quedó sin auditorio.

–Para mí lo más impresionante que hizo Kiki Smith fue esa instalación con los espermatozoides de vidrio –dice y sus palabras quedan flotando en el aire confundiéndose con la música de Dead Can Dance.

Jo no parece prestar mucha atención a lo que sucede a su alrededor. Está demasiado ocupada examinando uno por uno los libros de mi biblioteca, es decir, los saca, los hojea y vuelve a colocar en cualquier otro lado menos donde los encontró y yo creo que a la larga va a quemar algún libro o algún vestido o me va a quemar la alfombra porque ahora tiene el cigarrillo entre los dedos y lo revolea en el aire y la ceniza cae por todos lados.

–¿Querés un cenicero? –pregunto sin poder ocultar del todo mi horror, pero la verdad es que no tengo nada de ganas de levantarme a buscar uno.

–¿Eh? ¡Ah!, me había olvidado de lo que tenía en la mano –dice ella distraída y lo sumerge en el café, que tomó sólo hasta la mitad.

–¿Quieren que les lea sobre la instalación de Bruce Nauman en la Documenta IX? –pregunta Karina, pero no obtiene ninguna respuesta, así que desilusionada se enfrasca silenciosamente en la lectura de la revista y no vuelve a dirigirnos la palabra.

Jo termina de acomodar las pilas de ropa dentro de los cajones que separé para ella, se tira a los pies de la cama y descubre al Wojnarowicz que tengo colgado en la cabecera, un díptico de un hombre tirado en la calle, con una jeringa clavada en el brazo. En la parte superior hay algunas cruces de hospital y enormes bacilos transparentes.

–¿No estuvo en la Argentina hace un par de años? –pregunta mientras se saca las botas y las tira sobre la alfombra y noto que su castellano sigue siendo impecable aunque parece costarle algún trabajo seleccionar las palabras.

–¿Wojnarowicz? Sí –confirmo mientras miro las medias de Jo, que son de lana negra.

Después de un rato agrego:

–Me contaron que está haciendo otro libro. *–Memorias con olor a gasolina* –dice Jo.

Ladea la cabeza, permanece unos segundos en silencio y después anuncia lentamente.

–Tiene SIDA.

–Sí, sabía –digo.

Recojo las tazas y las pongo dentro de la pileta y cuando levanto la cabeza veo a través del vidrio de la ventana que Jo esparce sus cosmé-

Luna India

Por Belén Gache

Otra de las nuevas firmas a tener presentes este año que empieza. La autora es licenciada en historia del arte, colabora hace seis años en revistas especializadas en artes plásticas y –nada es casual– ahora condena a la ficción a jóvenes artistas y artísticos haciendo lo suyo en los filos mismos del nuevo siglo, en un lugar donde la única y definitiva maestría se alcanza con la justa conjugación del verbo sobrevivir. Conozcan ahora –esto es sólo el principio– a los protagonistas de "Luna india", primera novela de Belén Gache (1960) que publicará Planeta durante el otoño '94.

Cocodrilos rojos en las playas de Kookamooga

A través de los vidrios oscuros de mis anteojos terminados en punta veo cómo Karina sorbe un líquido espeso y rosado a través de una pajita a rayas. Estamos esperando a Jo, sentadas en el bar de Ezeiza, y los aviones se precipitan sobre nuestras cabezas como enormes y furiosos pterodáctilos, cada uno de ellos rompe con su estruendo la mañana densa y pesada, con olor a lluvia. Veo a los pterodáctilos empequeñecerse hasta desaparecer en el horizonte, igual que las paralelas marcadas por las pequeñas lucecitas celestes, brillantes, difusas, de la pista de aterrizaje.

Karina sorbe esa espuma rojiza, sintética, del licuado de frutilla que acabamos de pedir y que parece no querer terminar de subir hasta su boca y yo pienso que los aeropuertos son lugares bastante extraños, el lugar donde los demás desaparecen de pronto, el lugar desde el cual uno se ve catapultado hacia las estrellas, y cruza por mi mente esa sensación de desconcierto al dejar un presente-pasado e ingresar de golpe en un presente-futuro y supongo que quizá sea una ofensa inhumana, casi divina que doce horas duren nada más que nueve, aunque de todas formas quién puede ser demasiado humano allá arriba, ocupado en disimular los kilómetros de aire que corren debajo del fuselaje; ocupado en disimular lo solos que estamos navegando entre el silencio de las estrellas.

Doy vueltas a mi pajita, que es amarilla; y formo surcos espiralados en mi licuado, y parece que estoy mezclando Loxon bermellón dentro de un vaso y decido que nunca más voy a tomar esto. En la mesa de al lado se acaba de sentar un gordo con un traje arrugado que transpira exageradamente a pesar del aire acondicionado. El gordito saca del bolsillo interior del saco, que no sólo está arrugado sino también cubierto de manchas, un pañuelo también sucio y arrugado y se lo pasa por la frente para enjugar ese millar de gotitas doradas que perlan su cabeza semicalva y deduzco que debe haber llegado en el vuelo de Los Angeles porque veo una enorme valija roja junto a su pierna. Es de piel escamada, como de cocodrilo, y tiene pegada una enorme calcomanía con un tipo musculoso y bronceado haciendo equilibrio sobre una enorme tabla de surf. Abajo de la tabla puedo leer HOT SUMMER IN KOOKAMOOGA BEACHES y pienso si habrá cocodrilos rojos en las playas kookamoogavenses y me imagino a mí misma montada en una terrible ola con cara de cocodrilo rojo y de pronto me doy cuenta de que mi tabla no es una tabla de surf sino una valija que se llena de agua y se hunde de a poco en el helado Pacífico. Pero Karina sacude mi brazo y vuelvo en mí y veo que señala la pequeña pantalla de monitor que cuelga de una de las columnas cercanas y reproduce los datos de la pizarra central: 0.15-NY-MIAMI-BUE... EN ZONA. Las letras titilan nerviosas durante unos cuantos segundos. El cuerpo de Karina es pesado y pecoso y su largo pelo rojo le cae sobre la espalda como un infierno. Me es imposible dejar de mirar esas llamaradas naranjas que resplandecen sobre su pulóver verde oscuro –de hecho, creo que a nadie se le ocurriría ponerse un pulóver de ese color salvo a un pelirrojo–. Dejamos un par de billetes junto a los licuados sintéticos y sigo a Karina escaleras abajo.

Nos perdemos entre el enjambre de personas salidas de la nada –del horizonte pampeano, de la llanura infinita– que de repente inunda el hall de arribos, hace quince minutos nomás totalmente desierto y apagado, como si alguien de pronto hubiera puesto una ficha en el flipper AEROPUERTO y todas las luces se hubieran encendido, junto con las voces, los ruidos y el eterno, esencial, omnipresente rugir de los aviones como fondo. Alguien puso la ficha, así que ahora todos nos dirigimos como autómatas hacia la salida de la Aduana mientras una voz femenina demasiado cálida, tan cálida que suena como congelada, inunda el aire con un extraño eco, como si la misma mujer metálica hablara a través de dos bocas simultáneamente "...Ammerriccann Airrllinness annunnccia lla llllegadda..." Karina se adelanta y consigue colocarse cerca de la valla y yo me quedo atrás. Guardo mi distancia, me paseo por los contornos de esa isla humana y veo la pampa húmeda rajarse por los truenos de los motores a través de las paredes de cristal.

Pasan treinta minutos y treinta minutos más y las puertas no se abren y todos siguen ahí sin otra cosa que hacer salvo mirar sus propios reflejos en los paneles espejados mientras yo suspiro y trato de esquivar a tres nenitos rubios sin dientes que pasan zumbando junto a mí con los brazos abiertos como alas de avión, PRRR, las consonantes escupidas por entre los motores de colmillos ausentes salpicando al pasar mi blusa de seda color mostaza.

Miro hipnóticamente la maldita puerta espejada que no termina de abrirse e imagino salir por ella más de diez Jos distintas, algunas bastante simpáticas, otras más bien antipáticas, otras altas y otras bajas, así que ahora la Jo real va a tener que medirse con todas ellas. Por fin comienza el desfile de pasajeros demasiado cansados para estar nerviosos, demasiado nerviosos para estar cansados, con las valijas revueltas, mal cerradas, trastocadas, extraviadas y, lo que es peor de todo, en Buenos Aires, después de haber estado hace apenas unos minutos flotando tan cerca de las nubes, de los ángeles de largos bucles que tañen liras doradas. Casi al final del pelotón, arrastrando un carrito que lleva un enorme bolso plateado, con una mochila negra al hombro y una campera de cuero rojo en el brazo, veo una chica de unos veintiocho años, con aire de haber salido recién de una gran nave espacial. Karina empieza a mover frenéticamente los brazos:

–¡Jo, Josefina!

Galaxias de café instantáneo

Como si conociera la casa de toda la vida, Josefina tira su mochila y su campera sobre mi sofá de cuero amarillo limón, se sienta como un indio sobre la alfombra, que es lila e imita el pelo de una cabra, y abre su bolso. Karina está recostada en el sofá con los borceguíes sobre el apoyabrazos. Recuerdo que hay un paquete de Marlboro sin abrir en uno de los bolsillos de mi campera de cuero que está colgada detrás de la puerta. Abro el bolsillo, abro el paquete y me enciendo un cigarrillo con el mismo fósforo con el que prendo la hornalla del anafe. Un segundo antes de quemarme la yema del dedo, consigo arrojar el fósforo dentro de la pileta donde se consume dentro de una gota de agua. Pongo sobre la hornalla la pava silbadora, que es verde metalizada con el asa naranja y tiene forma de pagoda con una tapa cónica y un pájaro dorado en la punta.

–¿Quieren? –el paquete de cigarrillos cae sobre la alfombra junto a Jo y Karina y yo me alejo rumbo al equipo de audio y aprieto el botón de POWER y empieza a sonar "Spleen and Idea" de Dead Can Dance en el CD.

Karina, que está hojeando la última *Art Forum* que había en el sofá, contesta moviendo negativamente la cabeza sin apartar los ojos de la foto de una obra de Cady Noland, una canasta de metal llena de latas de cerveza, cadenas y repuestos de automóviles. Josefina enciende su cigarrillo con el mío, lo sostiene entre los labios y comienza a sacar cosas de su bolso plateado. Pronto la alfombra se cubre de ropa, colgantes, cosméticos y realmente estoy empezando a pensar si habrá sido o no una buena idea armarme con un huésped. La pava empieza a silbar histéricamente. Camino hasta el anafe, apago el fuego y echo dos cucharadas de café instantáneo y agua hirviendo dentro de cada uno de los jarros, que son todos distintos.

Jo desabrocha la correa de su mochila y saca de uno de los bolsillos una de esas cámaras Canon cilíndricas que parecen videofilmadoras de bolsillo y también una docena de rollos que desparrama descuidadamente sobre el sofá.

Revuelvo el café y suspiro. Dentro de cada taza, una espuma marrón grisácea forma espirales contra el fondo negro, brillante, infinito del café y crea galaxias, sistemas solares, planetas, en uno de los cuales, en algún departamento del centro de Buenos Aires, hay alguien igual a mí que revuelve café instantáneo.

Karina acaba de descubrir un anuncio en la *Art Forum*.

–¡Miren! A fin de mes inaugura una muestra de Kiki Smith en una galería de la Grand Street –sin apartar sus ojos de la revista extiende el brazo para alcanzar su jarro de café–. ¿Tenés sacarina?

–No jodas, ya le puse azúcar –digo.

–El azúcar blanco es venenoso –protesta Karina.

–El café instantáneo también, y los aerosoles, y las hamburguesas y los pañales descartables y las siliconas.

–Bue –dice, algo confundida, y sorbe su café despacio, pero parece que todavía está muy caliente porque lo deja a un costado. Después sigue hablando, sin darse cuenta de que hace rato se quedó sin auditorio.

–Para mí lo más impresionante que hizo Kiki Smith fue esa instalación con los espermatozoides de vidrio –dice y sus palabras quedan flotando en el aire confundiéndose con la música de Dead Can Dance.

Jo no parece prestar mucha atención a lo que sucede a su alrededor. Está demasiado ocupada examinando uno por uno los libros de mi biblioteca, es decir, los saca, los hojea y vuelve a colocar en cualquier otro lado menos donde los encontró y yo creo que a la larga va a quemar algún libro o algún vestido o me va a quemar la alfombra porque ahora tiene el cigarrillo entre los dedos y lo revolea en el aire y la ceniza cae por todos lados.

–¿Querés un cenicero? –pregunto sin poder ocultar del todo mi horror, pero la verdad es que no tengo nada de ganas de levantarme a buscar uno.

–¿Eh? ¡Ah!, me había olvidado de lo que tenía en la mano –dice ella distraída y lo sumerge en el café, que tomó sólo hasta la mitad.

–¿Quieren que les lea sobre la instalación de Bruce Nauman en la Documenta IX? –pregunta Karina, pero no obtiene ninguna respuesta, así que desilusionada se enfrasca silenciosamente en la lectura de la revista y no vuelve a dirigirnos la palabra.

Jo termina de acomodar las pilas de ropa dentro de los cajones que separé para ella, se tira a los pies de la cama y descubre al Wojnarowicz que tengo colgado en la cabecera, un díptico de un hombre tirado en la calle, con una jeringa clavada en el brazo. En la parte superior hay algunas cruces de hospital y enormes bacilos transparentes.

–¿No estuvo en la Argentina hace un par de años? –pregunta mientras se saca las botas y las tira sobre la alfombra y noto que su castellano sigue siendo impecable aunque parece costarle algún trabajo seleccionar las palabras.

–¿Wojnarowicz? Sí –confirmo mientras miro las medias de Jo, que son de lana negra.

Después de un rato agrego:

–Me contaron que está haciendo otro libro.

–*Memorias con olor a gasolina* –dice Jo.

Ladea la cabeza, permanece unos segundos en silencio y después anuncia lentamente.

–Tiene SIDA.

–Sí, sabía –digo.

Recojo las tazas y las pongo dentro de la pileta y cuando levanto la cabeza veo a través del vidrio de la ventana que Jo esparce sus cosméticos en el colchón y saca de un bolsito un pincel de brillo con el que empieza a retocarse los labios mientras contempla su reflejo en un pequeño espejo redondo que tiene en la mano izquierda. Su labio inferior sobresale hacia adelante y se ve tan transparente como la gelatina de cerezas, debajo del pincelito que viene y va de un lado al otro de la boca. Cuando termina de emparejarse el brillo hace un gesto de desaprobación, se mordisquea el labio hasta despintarlo y repite desde el principio toda la operación.

Arturo, el gato, nos observa sentado sobre mi cantero de lobelias en la terraza e inclina su cabeza frunciendo los bigotes. Karina arroja la revista a un costado y bosteza mientras estira los brazos como si quisiera llegar a tocar el techo. Después se acerca a los estantes y abre la caja de las galletitas para gatos. Las pupilas de Arturo se dilatan y se acerca a la ventana cauteloso.

–¿Acá pasan MTV? –pregunta de pronto Jo.

Karina y yo nos damos vuelta. Jo sigue tirada en la cama rodeada de cosméticos. Hará cosa de un mes, Karina y yo atravesábamos Plaza de Mayo con pasos larguísimos. Karina llegaba tarde a su clase de japonés y a mí se me partía la cabeza. Karina iba contando algo acerca del hiragana y katakana, y también acerca de los ideogramas chinos, pero yo sólo quería llegar a casa y tomarme cuatro aspirinas. Empezaba a anochecer. Todos los faroles estaban prendidos y se veían difusos detrás de la niebla azulada que se levantaba desde las baldosas cubiertas de barro y ese clima Jack El Destripador no le hacía nada bien a mi dolor de cabeza. Aparentemente debía ser la hora de salida de los ministerios porque había un montón de gente atravesando la plaza en todas direcciones y las colas de los colectivos se hacían cada vez más largas; incluso recuerdo que en medio de la estampida de empleados públicos un gordo en silla de ruedas agitaba en el aire un paquete de ballenitas.

–¿Entonces te parece que la llame y le confirme? Se va a quedar diez, como mucho quince días –oí que decía Karina y recién entonces me di cuenta de que hacía rato que no habíamos cambiado de tema, a pesar del mar de gente que nos rodeaba. Pensé lo más rápido que pude, teniendo en cuenta que mi cabeza parecía un campanario gótico lleno de gárgolas monstruosas, con los engranajes todos oxidados y un Quasimodo minúsculo balanceándose de un axón a otro de mis neuronas y deduje que Karina se estaba refiriendo a la chica que había conocido en Nueva York en un anticuario de la Catorce y Broadway y que ahora venía a Buenos Aires a comprar unas antigüedades y que yo me había olvidado que Karina me preguntó unos días o semanas antes si la americana se podía quedar o no en mi casa, porque la casa de ella estaba, digamos, superpoblada.

–Sí, llamala –contesté no muy convencida, y la verdad era que venía eludiendo la respuesta porque para eso de la convivencia soy bastante rara; es decir, no sé si me molesta que dejen toda la ropa tirada o que no laven los platos, pero lo que realmente odio es que no rebobinen los videos y más todavía que toquen mis libros.

Todo esto caminando y ya casi habíamos llegado a la puerta de la facultad.

–Seguro que se van a llevar bien –comentó Karina dándome una palmadita en la espalda mientras nos despedíamos. Los latidos dentro de mi cerebro se hacían cada vez más fuertes.

–Sí, hay MTV, por cable –le contesto a Jo y vuelvo al presente. Jo es más bajita de lo que había imaginado, y también más linda; tiene mechones rubios irregulares que caen sobre su frente y los ojos azules muy claros, sus dientes delanteros sobresalen levemente hacia adelante y cuando sonríe asoman entre sus labios.

Sorpresivamente Jo dispara su Canon sobre nuestros ojos, que se ciegan con la luz del flash. Arturo desaparece por la terraza, espantado.

Ratas y gatos

Hace unos cuantos meses que vivo en este ambiente ovalado, ni muy grande ni muy chico, en la terraza de un departamento en la más completa ruina de la calle Reconquista. Para llegar a casa tengo que subir una escalera de madera demasiado empinada, demasiado chirriante, porque el ascensor, esa jaula con molduras de bronce, sólo llega hasta el sexto piso, cuando anda. Recuerdo la mudanza con una mezcla de alegría y desesperación; lo alquilé cuando me fui de la casa de Lucio y lo primero que me fascinó fueron las ventanas redondas con vista al amanecer sobre el río, que parece un enorme charco de Nesquik, y también las cúpulas mugrientas de pizarra gris, sobre las cuales alguien sembró al voleo esas antenas de televisión oxidadas y cruzadas por millones de cables, todos cagados por palomas. De hecho, el precio es bastante razonable, teniendo en cuenta las enormes ratas que suelen pasear por las cornisas, con los ojos relucientes y rojos como rayos láser y las uñas raspando cr, cr, cr, contra el cemento. También suele aparecer Arturo, el gato gris, pero creo que no es demasiado astuto porque está muy flaco, yo diría famélico y, salvo por sus ojos amarillos como los faros altos de mi Renault 4L, creo que podría pasar por otra rata, porque tiene el mismo pelaje gris pegoteado de a mechones sobre el lomo. Claro que con Arturo las cosas son muy distintas que con las ratas, simplemente porque, aunque no lo parezca demasiado, pertenece a la especie GATO. Así que a él le está permitido arañar los vidrios de la ventana y hasta de vez en cuando le sirvo un poco de yogurt diet en una taza que dice "Arturo". No es que le haya comprado especialmente una taza con su nombre, sino que le puse ese nombre porque alguien se olvidó en casa una taza que decía "Arturo".

Además de las ratas y del gato-rata, en mi casa hay otros karmas que soportar, por ejemplo los vecinos del sexto, dos homosexuales que prolongan sus fiestas hasta entrada la madrugada al ritmo de melosos boleros tipo "...aunque has muerto todas mis ilusiones, en vez de maldecirte con justo encono..."; así que cuando vuelvo de noche generalmente tengo que saltar sobre un montón de gente que charla, baila, bebe, sobre los chirriantes escalones de acceso a mi morada y por unos minutos –el tiempo que me lleva abrirme paso– participo sin quererlo de una fiesta; incluso más de una vez llegué a casa con un vaso de mis vecinos lleno de vodka en la mano.

La mayoría de los muebles que tengo eran de Lucio. También la serigrafía de Andy Warhol que cuelga sobre la enorme bañadera con patas de león enlozadas. El piso del baño es de esos pequeños mosaiquitos octogonales blancos, verdes y rojos que forman flores geométricas, iguales a las que había en la sala de espera de un dentista al que iba cuando era chica, claro que en mi baño a esta altura ya brillan por su ausencia bastantes mosaiquitos que, cuando se despegan, voy acumulando en un rincón.

El ambiente –único– es de color ciruela, el piso está completamente cubierto por la alfombra de pelos enrulados tipo cabra pero color lila y la cocina casi no existe: es sólo un anafe detrás de la puerta, junto a la miniheladera. El sofá de cuero amarillo-limón divide el cuarto en dos, y para pasar de un lado al otro prácticamente hay que saltarle por encima.

Clark Gable, Montgomery Clift

Jo se detiene en la calle frente a una vidriera detrás de la cual hay cientos de objetos realizados en rodocrocita: anillos, rosarios, racimos de uvas y animalitos varios. Los mira un rato y su cabeza se ladea y hace un mohín con la boca.

–Parecen como de... jamón –dice Jo con un poco de asco.

–Vení, vamos para allá –tironeo de su brazo tratando de llegar de una vez al video club.

Estamos en la Galería del Este y por fin consigo arrastrarla dando tumbos sin que aparte los ojos de las vidrieras llenas de baratijas para turistas. En una pared de espejo junto a un teléfono público veo nuestras figuras al pasar: mi vestido rojo de lycra, mi campera de cuero negra y bastante gel en el pelo que tengo muy negro y bastante corto; las calzas plateadas de Jo y su americana blanca muy finita, debajo de la cual evidentemente no lleva corpiño.

Por fin llegamos al video y empiezo a revisar los catálogos, página tras página, carpeta tras carpeta porque creo haber visto ca-si-to-do ya. Me demoro en la de cine alemán mientras Jo da vueltas por ahí mirando las cajitas de las películas, paso los nombres plastificados de Murnau, Herzog, Wenders, Lang, Von Trotta, hasta que al final me decido por Fassbinder y saco *Desesperación*, con Dirk Bogarde, aunque por supuesto ya la vi. Mientras me preparan el recibo en la caja caigo en la cuenta de que Jo no está por ningún lado. Retiro el casete y salgo al pasillo pero tampoco puedo encontrarla y dudo entre volver sobre mis pasos hasta Florida o salir por la puerta de Maipú, cuando la veo aparecer balanceando una enorme bolsa de cartón negro con una letra china estampada en naranja.

–Tarada, me asustaste –digo aún algo confundida.

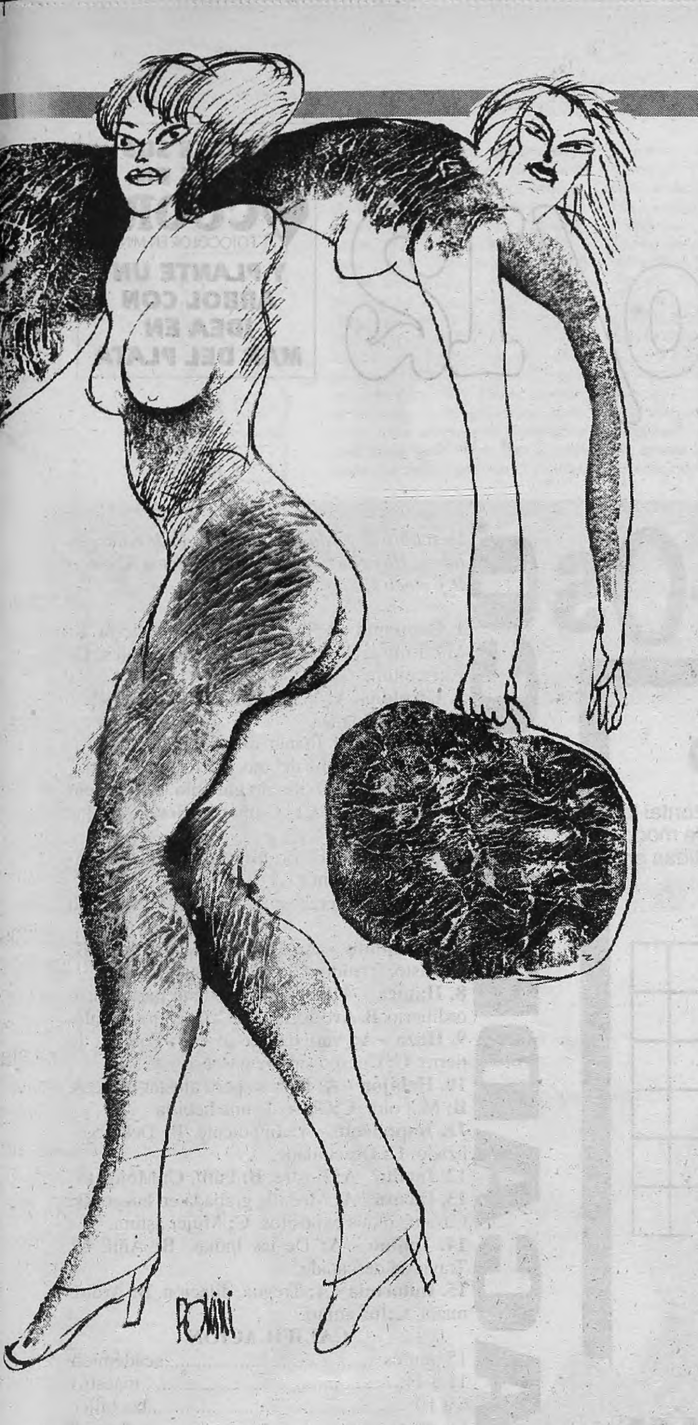
–¡Oops! –dice ella mientras extrae del fondo de la bolsa una diminuta minifalda de cuero verde que agita delante de mis ojos.

Ya es bastante tarde, pero igual decido aprovechar que estamos ahí para comprarme *Beauty*, el CD de Sakamoto en El Agujerito. Cuando salimos a Florida miro para arriba y me doy cuenta de que el cielo ya está completamente oscuro y por un momento siento que no hay nada debajo de mis pies y estoy a punto de caerme adentro de un pozo de Telecom, pero Jo me da un empujón y salva mi vida.

–...no, Clark Gable no era, estoy segura –sostiene Jo mientras avanza con paso decidido sorteando kioscos de revistas y más pozos telefónicos abiertos en el medio de la peatonal como trincheras fantasmas.

–Te apuesto lo que quieras a que era Gable –digo yo mientras doblamos por Paraguay y siento que, cuando camino, el vestido se me trepa por las medias y tengo que cuidar que no se me suba hasta la cintura–. ¿Pero el otro era Montgomery Clift? –pregunto. Un par de tipos en la esquina de Paraguay y Reconquista nos miran y murmuran algo, incluso hacen ademán de aproximarse a nosotras, pero se limitan a seguirnos con la mirada a lo largo de la vereda. Las calzas de Jo se vuelven rosa, celeste y verde al reflejar los carteles de neón de los bares.

Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Planeta.



ticos en el colchón y saca de un bolsito un pincel de brillo con el que empieza a retocarse los labios mientras contempla su reflejo en un pequeño espejo redondo que tiene en la mano izquierda. Su labio inferior sobresale hacia adelante y se ve tan transparente como la gelatina de cerezas, debajo del pincelito que viene y va de un lado al otro de la boca. Cuando termina de emparejarse el brillo hace un gesto de desaprobación, se mordisquea el labio hasta despintarlo y repite desde el principio toda la operación.

Arturo, el gato, nos observa sentado sobre mi cantero de lobelias en la terraza e inclina su cabeza frunciendo los bigotes. Karina arroja la revista a un costado y bosteza mientras estira los brazos como si quisiera llegar a tocar el techo. Después se acerca a los estantes y abre la caja de las galletitas para gatos. Las pupilas de Arturo se dilatan y se acerca a la ventana cautelo-so.

–¿Acá pasan MTV? –pregunta de pronto Jo.

Karina y yo nos damos vuelta. Jo sigue tirada en la cama rodeada de cosméticos. Hará cosa de un mes, Karina y yo atravesábamos Plaza de Mayo con pasos larguísimos. Karina llegaba tarde a su clase de japonés y a mí se me partía la cabeza. Karina iba contando algo acerca del hiragana y katakana, y también acerca de los ideogramas chinos, pero yo sólo quería llegar a casa y tomarme cuatro aspirinas. Empezaba a anochecer. Todos los faroles estaban prendidos y se veían difusos detrás de la niebla azulada que se levantaba desde las baldosas cubiertas de barro y ese clima Jack El Destripador no le hacía nada bien a mi dolor de cabeza. Aparentemente debía ser la hora de salida de los ministerios porque había un montón de gente atravesando la plaza en todas direcciones y las colas de los colectivos se hacían cada vez más largas; incluso recuerdo que en medio de la estampida de empleados públicos un gordo en silla de ruedas agitaba en el aire un paquete de ballenitas.

–¿Entonces te parece que la llame y le confirme? Se va a quedar diez, como mucho quince días –oí que decía Karina y recién entonces me di cuenta de que hacía rato que no habíamos cambiado de tema, a pesar del mar de gente que nos rodeaba. Pensé lo más rápido que pude, teniendo en cuenta que mi cabeza parecía un campanario gótico lleno de gárgolas monstruosas, con los engranajes todos oxidados y un Quasimodo minúsculo balanceándose de un axón a otro de mis neuronas y deduje que Karina se estaba refiriendo a la chica que había conocido en Nueva York en un anticuario de la Catorce y Broadway y que ahora venía a Buenos Aires a comprar unas antigüedades y que yo me había olvidado que Karina me preguntó unos días o semanas antes si la americana se podía quedar o no en mi casa, porque la casa de ella estaba, digamos, superpoblada.

–Sí, llamala –contesté no muy convencida, y la verdad era que venía eludiendo la respuesta porque para eso de la convivencia soy bastante rara; es decir, no sé si me molesta que dejen toda la ropa tirada o que no laven los platos, pero lo que realmente odio es que no rebobinen los videos y más todavía que toquen mis libros.

Todo esto caminando y ya casi habíamos llegado a la puerta de la facultad.

–Seguro que se van a llevar bien –comentó Karina dándome una palmadita en la espalda mientras nos despedíamos. Los latidos dentro de mi cerebro se hacían cada vez más fuertes.

–Sí, hay MTV, por cable –le contesto a Jo y vuelvo al presente. Jo es más bajita de lo que había imaginado, y también más linda; tiene mechones rubios irregulares que caen sobre su frente y los ojos azules muy claros, sus dientes delanteros sobresalen levemente hacia adelante y cuando sonríe asoman entre sus labios.

Sorpresivamente Jo dispara su Canon sobre nuestros ojos, que se ciegan con la luz del flash. Arturo desaparece por la terraza, espantado.

Ratas y gatos

Hace unos cuantos meses que vivo en este ambiente ovalado, ni muy grande ni muy chico, en la terraza de un departamento en la más completa ruina de la calle Reconquista. Para llegar a casa tengo que subir una escalera de madera demasiado empinada, demasiado chirriante, porque el ascensor, esa jaula con molduras de bronce, sólo llega hasta el sexto piso, cuando anda. Recuerdo la mudanza con una mezcla de alegría y desesperación; lo alquilé cuando me fui de la casa de Lucio y lo primero que me fascinó fueron las ventanas redondas con vista al amanecer sobre el río, que parece un enorme charco de Nesquik, y también las cúpulas mugrientas de pizarra gris, sobre las cuales alguien sembró al voleo esas antenas de televisión oxidadas y cruzadas por millones de cables, todos cagados por palomas. De hecho, el precio es bastante razonable, teniendo en cuenta las enormes ratas que suelen pasear por las cornisas, con los ojos relucientes y rojos como rayos láser y las uñas raspando cr, cr, cr, contra el cemento. También suele aparecer Arturo, el gato gris, pero creo que no es demasiado astuto porque está muy flaco, yo diría famélico y, salvo por sus ojos amarillos como los faros altos de mi Renault 4L, creo que podría pasar por otra rata, porque tiene el mismo pelaje gris pegoteado de a mechones sobre el lomo. Claro que con Arturo las cosas son muy distintas que con las ratas, simplemente porque, aunque no lo parezca demasiado, pertenece a la especie GATO. Así que a él le está permitido arañar los vidrios de la ventana y hasta de vez en cuando le sirvo un poco de yogurt diet en una taza que dice "Arturo". No es que le haya comprado especialmente una taza con su nombre, sino que le puse ese nombre porque alguien se olvidó en casa una taza que decía "Arturo".

Además de las ratas y del gato-rata, en mi casa hay otros karmas que soportar, por ejemplo los vecinos del sexto, dos homosexuales que prolongan sus fiestas hasta entrada la madrugada al ritmo de melosos boleros tipo "...aunque has muerto todas mis ilusiones, en vez de maldecirte con justo encono..."; así que cuando vuelvo de noche generalmente tengo que saltar sobre un montón de gente que charla, baila, bebe, sobre los chirriantes escalones de acceso a mi morada y por unos minutos –el tiempo que me lleva abrirme paso– participo sin quererlo de una fiesta; incluso más de una vez llegué a casa con un vaso de mis vecinos lleno de vodka en la mano.

La mayoría de los muebles que tengo eran de Lucio. También la serigrafía de Andy Warhol que cuelga sobre la enorme bañadera con patas de león enlozadas. El piso del baño es de esos pequeños mosaiquitos octogonales blancos, verdes y rojos que forman flores geométricas, iguales a las que había en la sala de espera de un dentista al que iba cuando era chica, claro que en mi baño a esta altura ya brillan por su ausencia bastantes mosaiquitos que, cuando se despegan, voy acumulando en un rincón.

El ambiente –único– es de color ciruela, el piso está completamente cubierto por la alfombra de pelos enrulados tipo cabra pero color lila y la cocina casi no existe: es sólo un anafe detrás de la puerta, junto a la miniheladera. El sofá de cuero amarillo-limón divide el cuarto en dos, y para pasar de un lado al otro prácticamente hay que saltarle por encima.

Clark Gable, Montgomery Clift

Jo se detiene en la calle frente a una vidriera detrás de la cual hay cientos de objetos realizados en rodocrocita: anillos, rosarios, racimos de uvas y animalitos varios. Los mira un rato y su cabeza se ladea y hace un mohín con la boca.

–Parecen como de... jamón –dice Jo con un poco de asco.

–Vení, vamos para allá –tironeo de su brazo tratando de llegar de una vez al video club.

Estamos en la Galería del Este y por fin consigo arrastrarla dando tumbos sin que aparte los ojos de las vidrieras llenas de baratijas para turistas. En una pared de espejo junto a un teléfono público veo nuestras figuras al pasar: mi vestido rojo de lycra, mi campera de cuero negra y bastante gel en el pelo que tengo muy negro y bastante corto; las calzas plateadas de Jo y su americana blanca muy finita, debajo de la cual evidentemente no lleva corpiño.

Por fin llegamos al video y empiezo a revisar los catálogos, página tras página, carpeta tras carpeta porque creo haber visto ca-si-to-do ya. Me demoro en la de cine alemán mientras Jo da vueltas por ahí mirando las cajitas de las películas, paso los nombres plastificados de Murnau, Herzog, Wenders, Lang, Von Trotta, hasta que al final me decido por Fassbinder y saco *Desesperación*, con Dirk Bogarde, aunque por supuesto ya la vi. Mientras me preparan el recibo en la caja caigo en la cuenta de que Jo no está por ningún lado. Retiro el casete y salgo al pasillo pero tampoco puedo encontrarla y dudo entre volver sobre mis pasos hasta Florida o salir por la puerta de Maipú, cuando la veo aparecer balanceando una enorme bolsa de cartón negro con una letra china estampada en naranja.

–Tarada, me asustaste –digo aún algo confundida.

–¡Oops! –dice ella mientras extrae del fondo de la bolsa una diminuta minifalda de cuero verde que agita delante de mis ojos.

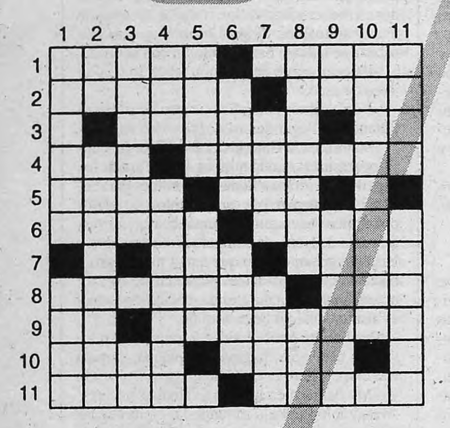
Ya es bastante tarde, pero igual decido aprovechar que estamos ahí para comprarme *Beauty*, el CD de Sakamoto en El Agujerito. Cuando salimos a Florida miro para arriba y me doy cuenta de que el cielo ya está completamente oscuro y por un momento siento que no hay nada debajo de mis pies y estoy a punto de caerme adentro de un pozo de Telecom, pero Jo me da un empujón y salva mi vida.

–...no, Clark Gable no era, estoy segura –sostiene Jo mientras avanza con paso decidido sorteando kioscos de revistas y más pozos telefónicos abiertos en el medio de la peatonal como trincheras fantasmas.

–Te apuesto lo que quieras a que era Gable –digo yo mientras doblamos por Paraguay y siento que, cuando camino, el vestido se me trepa por las medias y tengo que cuidar que no se me suba hasta la cintura–. ¿Pero el otro era Montgomery Clift? –pregunto. Un par de tipos en la esquina de Paraguay y Reconquista nos miran y murmuran algo, incluso hacen ademán de aproximarse a nosotras, pero se limitan a seguirnos con la mirada a lo largo de la vereda. Las calzas de Jo se vuelven rosa, celeste y verde al reflejar los carteles de neón de los bares.

Verano/12

PALABRAS CRUZADAS



HORIZONTALES

1. Lo que queda de un todo./ Cosecha de azúcar.
2. Vacación por un día o una tarde./ Interpretar lo escrito.
3. Esposo./ Nota musical.
4. En ese lugar./ Prohijar.
5. Familiarmente, nariz grande./ Ansar.
6. Contribución pequeña./ Moral.
7. Décima consonante castellana./ Licor anisado.
8. Pez común de España./ Preposición: medio o instrumento.
9. Abreviatura de ídem./ Cabezuda.
10. Muelle, blando./ La que niega la existencia de Dios.
11. Instrumento de pesca./ Deseo imperioso.

VERTICALES

1. Que linda con otra cosa./ Cumbre.
2. Símbolo del einstenio./ Aficionado a contar todo lo que ve y oye.
3. Obediente, subordinado./ Abreviatura de "Long play".
4. Antorcha, leño encendido./ Dícese del arbusto dicotiledóneo como el olivo y el jazmín
5. Que no es la misma./ Cacerola.
6. Sentido que permite percibir los sonidos./ Isla donde confinaron a Napoleón.
7. Una docena./ Indígena de las montañas filipinas.
8. Que practica la alopatía./ Antigua secta budista.
9. Confianza./ Comienzas, empiezas.
10. Reparación.
11. Labrar la tierra./ Familiarmente, necedad.

JUeGOs

Acomodo

Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.

CAQUI
KIWI
LIMA
LIMON
MANGO
MELON

ACADEMICO

Descubra al verdadero significado de cada palabra. Hay cinco respuestas correctas A, cinco B y cinco C.

1. Geoponía - A: Forma teórica de la tierra. **B:** Masa mineral hueca tapizada de cristales. **C:** Agricultura.
2. Giralda - A: Veleta. **B:** Rueda de cohetes. **C:** Antigua danza.
3. Glasto - A: Planta crucífera. **B:** Endurecimiento del globo del ojo. **C:** Terrón de tierra.
4. Gluma - A: Oxido de glucinio. **B:** Orificio de la laringe. **C:** Cubierta floral de las gramíneas.
5. Goa - A: Pez de río. **B:** Masa de hierro candente. **C:** Garganta.
6. Harón - A: Perezoso. **B.** Corona. **C:** Anzuelo de pescador.
7. Hampudo - A: De caderas amplias. **B:** Robusto, fornido. **C:** Plátano muy grande.
8. Hataca - A: Ropa que se tiene para el uso ordinario. **B.** Ave de rapiña. **C:** Cuchara de palo.
9. Haza - A: Variedad de uva. **B:** Porción de tierra. **C:** Cuerpo simple gaseoso.
10. Hebijón - A: Broche para ajustar correas. **B:** Mal olor. **C:**Clavo de una hebilla.
11. Impudente - A: Impotente. **B:** Desvergonzado. **C:** Descuidado.
12. Inclito - A: Ilustre. **B:** Fútil. **C:** Mojigato.
13. Incusa - A: Medalla grabada en hueco. **B:** Casa de niños expósitos. **C:** Mujer astuta.
14: Indino - A: De las Indias. **B:** Añil. **C:** Travieso, descarado.
15. Indormia - A: Tregua, dilación. **B:** Ardid, maña. **C:**Insomnio.

CALIFICACION

15 puntos: ....académico
11 a 14:...maestro
6 a 10:..bachiller
5 o menos:...alumno

SOLUCIONES

